

Hospital Montfort de Villavicencio

SINDICATURA

Movimiento de caja en el mes de Julio

Entradas desde Enero a 1° de Julio	644,48
Auxilio del Gobierno, 2° trimestre	100,00
Salidas desde Enero hasta 1° de Julio	269,51
Gastos en el mismo mes	
Cap. 1° Art. 1° Alimentación	20,00
" " " 2° Remedios	
" " " 3° Ropa	
Cap. 2° Art. 1° Directoras	4,00
" " " 2° Criados	2,00
Cap. 3° " 1° Cocina; costura etc.	2,00
" " " 2° Escritorio, estampillas etc.	0,50
" " " 3° Alumbrado	1,50
Cap. 4° Gastos varios	0,50
	30,50
	\$ 300,01
	744,48

Comparación del Debe \$ 744,48 con el Haber \$ 300,01 saldo a favor del Debe \$ 444,47

MOVIMIENTO INTERNO

	Baja	Alta
Hospitalizados a 1° de Julio		13
Entraron en el mismo mes		18
Salieron en el mismo mes, alentados	17	
Muertos		
Por otros motivos		
Quedan a 1° de Agosto de 1917	14	
	31	31

Asistidos en sus propias casas 40 con remedios por valor de \$ 30,90
El Síndico,

Ls. M. M. Dieres Monplaisir

Patronato San José. - Banco San José

Entradas desde Enero hasta 1° de Julio	2.146,68
Entradas en el mismo mes	323,63
Salidas o Haber hasta 1° de Julio	1.682,43
Salidas en el mes	93,50
	1.775,93
	2.470,31
Comparación del D.	2.470,31
id del H.	1.775,93
Saldo a favor del Debe S. E. u O.	0.694,38

CAJA SAN ISIDRO, para los enfermos de la sección \$ 3,53
„ SAN ANTONIO, para los cultivadores, (auxilio mutuo) \$ 42,02

El ejemplo cundo

Nos han informado que un Joven decente se había permitido, según el eufemismo regional *tocar lo ajeno*. ¡No habrá por fin sanción social, para eficaz escarmiento del culpable y salvaguardia de la comunidad.

Si vuestros hijos ven que las artes de esos no son obstáculo al trato común y cordial, y que hasta les tienen confianza. . . . ¿qué harán ellos más tarde? ¿de quién entonces será la culpa?

La canción del peral

Al extremo de la aldea había un peral, y cuando la primavera venía, semejaba a un montecillo de flores. La casa del propietario estaba a un lado del camino; tenía un portal de piedra como el de un castillo. La

hija del dueño se llamaba Perucha. Eramos novios; tenía ella diez y seis años y llevaba tantas rosas en sus mejillas como flores el peral. Al pie de éste fué donde le dije:

—Perucha mía, ¿cuándo será nuestra boda? Todo en ella reía: sus cabellos con que jugaba el viento, su talle, su pie desnudo en la sandalia, sus manos que agachaban las ramas colgantes para respirar las flores del oxiacanto, su frente pura y sus blancos dientes que se destacaban entre sus labios rojos.

¡Cuánto la amaba!

—Nuestra boda será para la siega, me contestó, si el Emperador no te toma como soldado.

Cuando vino la conscripción le encendí un cirio a la Virgen, porque la idea de irme lejos de Perucha me torturaba el corazón. ¡Alabada sea María! saqué un buen número. Pero

a mi primo Juan le cayó la suerte y llorando me decía:

—Madre! Pobre mi madre!

—Consuélate, Juan, te dije; soy huérfano y partiré en tu lugar.

No quería creermelo, pero al fin lo convencí.

Mi novia vino junto al peral; jamás la había visto llorar, y sus lágrimas me parecieron más hermosas que su sonrisa.

—Has hecho bien, me dijo; eres muy bueno; vete, Pedro, que yo te esperaré.

A la derecha, a la izquierda, ¡marchen! y al toque del tambor marchamos seguidos hasta Wagram. Pedro, ¡tente firme!; Aquí está el enemigo! Vi una línea de fuego; eran quinientos cañones que tronaban a la vez; el humo oprimía el pecho y el pie se deslizaba en la sangre derramada por el suelo. Tuve miedo y miré atrás.

Atrás estaba Francia, estaba la aldea y estaba el peral, cuyas flores se habrían convertido ahora en frutos. Cerré los ojos y vi a Perucha que oraba por mí. ¡Alabado sea Dios! el valor me volvió. ¡Adelante! ¡Apunten, fuego! ¡A la bayoneta!

—¿Qué bien carga el recluta!

Muchacho, cómo te llamas?

—Sire, me llamo Pedro.

¡Perucha, Perucha mía! ¡Sargento! ¡Viva la guerra! Los días de batalla son días de fiesta. Para pasar sobre un ejército no hay más que echar un pie adelante de otro.

¡Derecha, izquierda, apunten, fuego!

—Eres tú otra vez, Pedro?

—Sí, Majestad.

Y adelante hasta Moscu, pero no más lejos. En la enorme llanura nevada, un camino señalado con cadáveres; aquí el río, allí el enemigo; a entrambos lados la muerte.

—¿Quién coloca el primer pontón para pasar?

—Yo, sire.

—Siempre tú, Capitán!

Y me dio la cruz de Caballero.

¡Perucha, Perucha mía! vas a estar contenta de mí, la campaña ha concluido y me han licenciado.

¡Tocad! campanas para nuestro matrimonio! El camino es largo, pero la esperanza va adelante y de prisa. Allí, abajo, tras esa colina, está la aldea. Descubro el campanario. Diríase que tocan. De veras tocan.

¡Pero el peral! Estamos en el mes de las flores, y sin embargo no alcanzo a ver el árbol florecido; en otro tiempo se le veía desde lejos, pero era porque entonces estaba en pie, y ahora veo que han cortado el árbol de mis ternuras juveniles. Sus ramas dispersas yacen por el suelo.

—Por qué tocan, Matías?

—Para una boda, señor Capitán. Matías no me reconoció.

—¿Para una boda? Era verdad: los novios subían los escalones del atrio de la iglesia; la novia era Perucha, mi Perucha risueña y más hermosa que nunca; mi primo Juan era el novio.

Junto a mí, la gente decía: "Se quie-